

CAPÍTULO 1

Pietro Gori en la Argentina (1898-1902): anarquismo y cultura

Martín Albornoz



Introducción

El 26 de junio de 1898 el periódico anarquista *La Protesta Humana* anunciaba que desde hacía algunos días se encontraba en Buenos Aires, procedente de Italia, el abogado anarquista Pietro Gori (1865-1911). Nacido en Messina, Sicilia, en el seno de una familia en la que confluían, por vía paterna, militares y, por vía materna, miembros de la aristocracia toscana, realizó sus primeros estudios en Livorno y se graduó de abogado en la Universidad de Pisa con una tesis titulada *Miseria y delito*. Tempranamente comenzó a colaborar en publicaciones socialistas como *Sempre Avanti* de Livorno y a destacar como conferencista frente a diversos auditorios y fue por esos años que afrontó su primera causa por delito de imprenta. Es decir que, ya en su juventud, Gori alternó su profesión de abogado con una intensa labor de difusión anarquista en calidad de poeta, dramaturgo, ensayista y orador. En 1891, tras pasar unos meses en prisión por haber dado una conferencia el 1 de mayo, se instaló en Milán. En junio de 1894, al conocerse la noticia de que en Lyon el presidente de Francia, Sadi Carnot, había sido asesinado por el anarquista italiano Sante Caseiro, a quien Gori había representado en otras ocasiones como abogado, tuvo que partir al exilio a Europa y Estados Unidos, donde permaneció durante 1895 y parte de 1896. Luego de enfermarse gravemente en Londres, pudo volver a Milán en 1898. Pero al poco tiempo tuvo que partir, ya que fue considerado por el gobierno italiano instigador de la revuelta que estalló en Milán en agosto de ese año. La llegada a la Argentina del “bravo compañero” estuvo motivada entonces por estas persecuciones (*La Protesta Humana* –en adelante *LPH*–, 26 de junio de 1898). Luego de pasar casi cuatro años en el

país, Gori regresó a Italia, sufrió nuevas persecuciones y tuvo que volver a partir, esta vez con dirección a Oriente. Pasó por Palestina y Egipto y finalmente murió en la Isla del Elba, en Italia, a la edad cuarenta y cinco años.

Inmediatamente después de su arribo a Buenos Aires, Gori desplegó una intensa labor oratoria que despertó el elogio de sus correligionarios: sus conferencias resultaban notables; los salones estaban abarrotados y las mujeres, conmovidas; sus opositores —socialistas, republicanos italianos, liberales o católicos— se iban convencidos de sus errores o dulcemente derrotados. Los giros retóricos cuidados, la pasión serena con la que disertaba sobre los más diversos temas y el buen trato prodigado a los adversarios en las polémicas configuraron un tipo de difusor ácrata que entró en sintonía con los espacios de militancia local que abogaban por una construcción gremial, política y cultural organizada. Gori concentró muchos de los elementos positivos que los anarquistas atribuían a la labor de difusión política: así lo atestiguan varias memorias libertarias que reconocieron en él una dignidad inusitada y una influencia duradera.

Para algunos intelectuales anarquistas, el paso de esta figura quedó incluso asociado a su propia conversión política e ideológica. Tal es el caso del escritor y publicista proveniente del radicalismo, Alberto Ghirardo, para quien el contacto con la palabra de Gori implicó un corte vital que explicaría su inmediata adscripción al anarquismo. El mismo tono marcó a las narrativas militantes que definieron el lugar de Gori en el desenvolvimiento de la actividad anarquista desde finales del siglo XIX. Por ejemplo, para el historiador, traductor y activista ácrata Diego Abad de Santillán, “Gori fue el hombre que hacía falta” para que el anarquismo penetrara en las masas populares argentinas, tan propensas a “dejarse influir por los factores sentimentales”, como hostiles a la política (Abad de Santillán, 1930: 69-72).

Desde esta perspectiva, el encuentro entre el anarquismo y el movimiento obrero organizado sólo habría sido posible gracias a que los libertarios dirimieron sus disputas internas y resultaron victoriosos frente al socialismo legalitario en la búsqueda por conseguir el favor de los trabajadores. El rol de Gori, entonces, habría sido crucial, en primer lugar, dado que participó en los debates cada vez más frecuentes entre los militantes anarquistas y los miembros del flamante Partido Socialista, así como en el congreso fundacional de la Federación Obrera Argentina de 1901, en el cual una matizada posición anarquista

resultó mayoritaria frente al socialismo; pero, también, porque discutió con los sectores más individualistas de su propio movimiento, que encontraban infamante cualquier forma asociativa duradera. En resumidas cuentas, Gori habría contribuido al éxito “clamoroso y triunfal” del anarquismo (Gilimón, 2011: 49-50).

Tanto el recuerdo de Ghiraldo como los textos canónicos de Gilimón y Abad de Santillán permiten entrever, sin embargo, que la presencia de Gori en el universo libertario corrió pareja a su influencia y predicamento en sectores que difícilmente podrían asociarse al mundo de los trabajadores. Las crónicas de las conferencias y giras de propaganda que protagonizó, profusamente narradas en la prensa libertaria, ponían especial interés en remarcar la diversidad de asistentes, entre los que destacaban hombres de ciencia, burgueses en todas sus gradaciones, universitarios, políticos, escritores, comerciantes e, incluso, militares.

El viaje de Gori por la Argentina puede ser entendido dentro de ese marco de significación más amplio y esto permitiría a su vez pensar la presencia del anarquismo en la cultura Argentina de finales del siglo XIX como una configuración política compleja, que, a la vez que se propuso trastocar en su totalidad el orden social, en no pocas ocasiones –como sostiene Diego Armus para el caso de la tuberculosis– radicalizó argumentos y motivos que en sí mismos no eran necesariamente revolucionarios (Armus, 1996).

Esta lectura permite conectar las preocupaciones anarquistas con algo más que la “cuestión obrera”, para ponerlas en sintonía con la más inclusiva noción de “cuestión social”, la cual contemplaría tanto la suerte de los trabajadores como problemáticas que, aunque de forma tenue, comenzaban también a formar parte de la agenda de diversos sectores sociales del *establishment* político (Zimmermann, 1995; Suriano, 2000). La reforma judicial, el problema de la salud en los centros urbanos, la situación carcelaria, la cuestión de la mujer y el aumento del delito constituían zonas de interés que encontraron en Gori un portavoz dispuesto a proponer la necesidad de mejoras paulatinas. Así quedaba abierto un *impasse* en la “urgencia revolucionaria” que, según Juan Suriano, caracterizó al anarquismo en su etapa de consolidación (Suriano, 2001).

Desde su llegada al país, Gori buscó explícitamente transitar diversos ámbitos, no sólo anarquistas u obreros, sino también de sociabilidad científica y académica, dentro de los cuales interactuó en pie de igualdad con abogados, médicos y policías. Dictó conferencias

en diversas sociedades italianas, universidades y sociedades profesionales y llevó a cabo viajes de estudios que incluyeron visitas a colonias penitenciarias que, como la de Sierra Chica, concitó sus elogios más que sus críticas. A su vez, el principal emprendimiento editorial de Gori en el país, la revista *Criminalología Moderna*, que no contó con ningún anarquista entre el profuso grupo de colaboradores, distó de interpretar en su totalidad los postulados de la ciencia criminológica bajo la perspectiva crítica propia de los libertarios. Tanto es así que por lo general los anarquistas leyeron la revista con algo de perplejidad, cuando no de hostilidad. Ya Patricio Geli, en su ensayo sobre el vínculo entre criminología y anarquismo en el país, unió estos dos polos que entramaron la visita de Gori con el clima cultural argentino finisecular. Para Geli esa inscripción heterogénea se debió a su “bipartita” identidad, la cual daría coherencia a una aparente contradicción (Geli, 1992: 14). En esta línea es posible recuperar el espesor de una figura que, según la reconstrucción del panorama espiritual del novecientos trazada por el uruguayo Carlos Real de Azúa, resultaría algo más que un simple “equilibrista”. Fue en este ambiente, caracterizado por lo “controversial y lo caótico” que Gori tuvo un papel estelar (Real de Azúa, 1987: 145); de otro modo no podría comprenderse que un anarquista, que no fue molestado en absoluto por las autoridades nacionales, pueda ser recordado como la quintaesencia del orador y activista libertario, a la vez que una figura con algún relieve en la historia de la criminología argentina.

Los primeros meses de la estadía

“Fue bellísima”: así sintetizó *La Protesta Humana*, la primera conferencia de Gori en Buenos Aires, que tuvo lugar en el Círculo de la Prensa y versó sobre “La función histórica del periodismo en la sociedad moderna”. El conferencista, en primer lugar, saludó a la prensa argentina en general y a los asistentes en particular. Luego, “sin temor a la verdad” y a “la amargura de los hechos”, dictaminó que la prensa no podía cumplir su misión transmisora de ideas y saber a causa de su marcado espíritu mercantilista. Tomando como ejemplo el caso norteamericano, consideró que las grandes empresas periódicas buscaban principalmente “noticias sensacionales” para enriquecerse vaciando los bolsillos del público pagano; ese periodismo

mercantil, que hacía del *reporter* un hurgador de miserias humanas, ejercía una influencia nefasta “envenenando la inteligencia del lector”. Gori ejemplificó sus argumentos comparando la suntuosidad chocante del edificio del *New York Herald* con la humildad “inteligente” del pequeño edificio del querido colega francés *Les Temps Nouveaux*. De pronto, un giro localista despertó un estruendoso aplauso del auditorio, cuando Gori recomendó, con “arrebataadoras frases”, que se aprovechara la libertad de pensamiento de la Argentina y saludó, contagiado por el entusiasmo del ambiente, a los que en Italia eran procesados por expresar sus pensamientos. Después de la andanada de aplausos, manifestó cuál era en su opinión la verdadera misión del la prensa: “propender con toda su fuerza al engrandecimiento de los horizontes de la civilización, no por el impulso de intereses materiales, sino con el fin de acercase lo más posible al perfeccionamiento humano y al reino de la justicia” (*LPH*, 10 de julio de 1898).

Por último, recordó también al “repúblico” Felice Cavallotti, de quien recitó unos versos que “resultaron oportunistísimos”. El resultado fueron muchos y prolongados aplausos generales, además de numerosos saludos personales. En síntesis, cerraba la crónica:

Gori, a pesar de hallarse frente a una concurrencia compuesta en su mayoría de adversarios y de periodistas a quienes podía escocer sus palabras, desarrolló su tema ampliamente, hablando clarito y sin andarse por las ramas, “con desfachatez de abogado” como él dijo. Y sin embargo, su palabra fácil y elegante seducía a todos, y nadie ocultó la buena impresión experimentada durante el curso de la brillante conferencia. (*LPH*, 10 de julio de 1898)

La actividad de Gori fue realmente febril desde sus primeros días en Buenos Aires. Desde fines de julio hasta noviembre se concentró principalmente en dar una infinidad de conferencias, que se sucedían semana a semana y cuyas crónicas se superponían, en la prensa libertaria, con las invitaciones a los siguientes eventos. El 24 de julio, *La Protesta Humana* exhibía en su portada relatos extensos y pormenorizados de dos disertaciones de Gori en el Teatro Doria. Con respecto a la conferencia del 10 de julio, el cronista sostenía: “cuantos sentimos amor por la causa, jamás olvidaremos tan hermoso acto de propaganda”. Además, destacaba con particular alegría la presencia de las mujeres, que poco a poco iban despertándose y prestando “su concurso al hombre en la grandiosa campaña de la

emancipación humana”. Luego del usual saludo a los presentes, Gori habló sobre los sucesos de Milán, que por otra parte explicaban su partida de Italia. Fue interrumpido infinidad de veces por los entusiastas aplausos de la concurrencia, que demostraba su aprobación a los conceptos emitidos (*LPH*, 24 de julio de 1898).

Los temas elegidos para las conferencias hablaban del mundo que Gori conocía: Nueva York, Londres, Milán, París. El abogado italiano manejaba una agenda variada y una ingente cantidad de conocimiento que despertaban admiración y concitaban adhesiones de diversos sectores, tanto en Buenos Aires como en las demás ciudades del país que visitó. Pero fue entre los propios anarquistas donde su presencia despertó inicialmente mayores reparos, sobre todo entre aquellos que desestimaban la organización estable de los trabajadores por considerarla contraria a los principios de libre asociación y autonomía individual. Interviniendo activamente en los conflictos internos del mundo libertario, Gori se dirigió a los obreros y los instó a organizarse, ya que consideraba que ésta era una condición primordial para la obtención de mejoras y para eventualmente prefigurar el socialismo anárquico que en algún futuro habría de destronar al capitalismo y al estado. A menos de un mes de su llegada Gori conferenció sobre “Los derechos de los trabajadores y la cuestión social”, a pedido de los obreros albañiles. De forma serena, explicó al público trabajador que la revolución era un acto inherente a la propia dinámica del sistema, dentro de la cual ellos debían jugar un papel central. Sin embargo, fiel a su ecuanimidad y mesura, afirmó:

El camino de la emancipación debe estar iluminado por la paz radiante de la idea y los que a él se dirijan hombres conscientes. La emancipación que anunciamos es para todos indistintamente [...] No más ricos, ni pobres, ni explotados, ni explotadores; y pues que son las instituciones, el organismo social, la causa del presente malestar, a ellos hay que llevar la piqueta demoledora hasta lograr su completa desaparición. (*LPH*, 24 de julio de 1898)

Algo de su argumentación perturbó a los anarquistas individualistas, que intentaron tomar por asalto el escenario y con “frases ridículas”, según el redactor de *La Protesta Humana*, insistían en controvertir con él. Como el salón estaba casi vacío, sin perder la compostura, Gori se comprometió a organizar una jornada de controversia a fin de que la discusión fuera pública y ordenada.

Pocos días después, el 28 de julio, dio una “brillante conferencia” en Barracas sobre “El pasado el presente y el porvenir de los trabajadores”, frente a una concurrencia compuesta por “partidarios de todas las escuelas y matices, en la que dominaban los trabajadores”. Por esos mismos días, se aventuró a Luján al salón de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, donde habló sobre la idea de patria, familia y religión para “industriales, comerciantes y obreros” (*LPH*, 17 de julio de 1898).

También el 28 de julio, se celebró una reunión de controversia entre anarquistas y socialistas, en la que participaron, por los primeros, Gori y, por los segundos, José Ingenieros, quien al tiempo habría de convertirse en su discípulo y amigo (Bagú, 1936; Albornoz, 2014). “La sesión fue borrascosa”, sentenció el cronista libertario. El escritor español Julio Camba, por su parte, la recordó años más tarde, con humor, como un verdadero duelo de estilos (Camba, 1970). José Ingenieros dio comienzo al debate con la lectura de una gran cantidad de papeles llenos de frases capciosas y sarcásticas con respecto a los anarquistas, “ganándose pronto la animosidad del público –bastante heterogéneo por cierto”; áspero polemista, defendió al marxismo y sostuvo que los verdaderos propagadores de la organización obrera habían sido los socialistas. Luego replicó Gori: señaló las contradicciones entre las teorías de Marx y sus partidarios posteriores y criticó duramente los actos de despótico exclusivismo con el cual los socialistas marxistas habían expulsado sistemáticamente a los libertarios de todos los congresos obreros, particularmente del de Londres de 1890. Llegado a ese punto, un descompuesto Ingenieros lo interrumpió sosteniendo que fueron bien expulsados “porque eran... dioses un calificativo que valía tanto como decirles borrachos, provocadores y seres corrompidos”. Gori, que salvo por el pequeño incidente con los individualistas no estaba acostumbrado a semejantes desplantes, al menos desde su llegada a Buenos Aires, se indignó y declaró que frente a adversarios semejantes se rehusaba a la polémica en cualquier terreno, ya fuera la tribuna o la prensa. La calma volvió al salón y la concurrencia, entre la que había muchos socialistas, “aprobó unánime la actitud de nuestro compañero” (*LPH*, 4 de septiembre de 1898).

La participación de Ingenieros en una controversia pública con Gori representó con excepcional filo la actitud socialista hacia el sabio libertario, caracterizada, al menos hasta su partida en enero de 1902, por una silenciosa prescindencia. Luego de esperar un tiempo

prudencial, desde *La Vanguardia* los socialistas aclararon que no se habían ocupado de Gori hasta no haber asistido a una de sus ya famosas conferencias. Con particular desconfianza, un socialista se mezcló entre la numerosa concurrencia en la referida conferencia del Circulo de la Prensa. Luego destacó en la crónica que Gori era un artista que había sabido adornar “con frondosa palabrería un debilísimo arbolillo de conceptos”. Además, no habría podido desentrañar el tema desde un punto de vista “positivista”, pese a declararse secuaz de la “indagación moderna positiva”. En cambio, había sido meramente descriptivo y comparativo y por lo tanto, su consideración sobre la influencia social de la prensa había resultado insuficiente:

Quitando la vaporosidad azucarada de la lingüística; los vuelos poéticos, algunos demasiado vulgares, condimentados con el acostumbrado: “azurro del cielo”, “la capa del sole”, “la santa missione della tolleranza”, etc., etc.,— y, estrechando todo en el puño para sacarle el zumo para saber cual es “la función histórica” de la prensa, encontramos que, para Gori, está toda o casi toda, en el título de la conferencia. (*La Vanguardia* —en adelante *LV*—, 9 de julio de 1898)

Meses antes de la llegada de Gori, *La Vanguardia* había publicado un pequeño recuadro en contra del aplauso como horizonte de aceptabilidad del discurso, con lo cual resultaba razonable que consideraran a un auténtico cosechador de los mismos como alguien engañoso y narciso (*LV*, 2 de abril de 1898). Sin embargo, en otras ocasiones este periódico no dejó de advertir, para molestar a los anarquistas, que su sosegado anarquismo se aceraba a las posiciones reformistas las del socialismo parlamentario (*LV*, 16 y 23 de julio de 1898).

Gori concitó enormes niveles de aceptación y devino la máxima expresión del “anarquismo tolerable”. Ni remotamente en la Argentina de fin de siglo el anarquismo representaba el peligro social del cual hablaba la prensa a propósito de los atentados que tenían lugar en Europa, y Gori era la confirmación de ese dato aunque viniera huyendo de la justicia italiana.

El “compañero abogado”, como lo denominó la revista libertaria *Ciencia Social*, no limitó su ámbito de injerencia a la tribuna para contribuir al advenimiento de la anarquía o para tratar temas de actualidad, como podía serlo el rol de la prensa, el significado del honor en el duelo o los conflictos bélicos. En agosto comenzó a dictar un curso libre sobre “La evolución de la sociología criminal”, universo

conceptual del cual Gori se sentía deudor y partícipe. El tema y su tonalidad debieron resultar un tanto ajenos a la sensibilidad de periódicos libertarios como *L'Avenire* y *La Protesta Humana*, los cuales se remitieron a informar que la revista *Ciencia Social* iba a transcribir la “importante” conferencia dada por Gori en la Facultad de Derecho (*LPH*, 21 de agosto de 1898). El curso fue dirigido, ya no al auditorio obrero o el público que en general que se arracimaba entre curioso y entusiasta a sus conferencias, sino especialmente a “los jóvenes estudiosos”. Dentro de los “austeros muros de esta Universidad ya ilustre”, “con fiero ánimo, pero también tembloroso”, Gori dio cátedra sobre “las muchas cosas amargas que el estudio del derecho penal en sus relaciones con ese mal social que se llama delito pone ante los ojos de aquellos que escrutan con inteligencia simpatizadora las grandes enfermedades morales del hombre” (*Ciencia Social* – en adelante *CS*–, N° 3, 1898: 40).

Así sentaba las bases de un posicionamiento por el cual el delito era considerado como esencialmente social. Sin embargo, no descartaba, en tensa armonía siempre, otros condicionamientos igualmente fundamentales, siguiendo la distinción causal tripartita de Enrico Ferri según la cual el delito también podía ser de origen cósmico o natural.¹ Al libre albedrío Gori lo consideraba una quimera vulgar y una superstición que imaginaba a la psiquis humana y a los fenómenos del mundo moral como algo separado y distinto de la materia, “que también en el orden (organismo más exquisito en la infinita escala de los seres) vive, se transforma y lucha y reproduce en él, como un microcosmos maravilloso”. Con respecto al método experimental de la sociología criminal, sostenía que ésta debía acumular “hechos a los hechos” y “documentos humanos, a los documentos humanos” para formar un observatorio fecundo sobre el cual “los maestros” luego cumplirían el papel de selección e inducción que “formará la base inviolable de la ciencia nueva”. De la experimentación y la observación, producto de su propia labor como abogado, Gori deducía que la determinación principal de la conducta delictiva se debía la influencia del ámbito social. La ciencia criminal debía entonces convertirse en acusadora “contra la verdadera gran delincuente en todas las culpas individuales: la sociedad”. Dentro de ella, aseguraba, el derecho

1. Podría afirmarse que Gori adhería a los cuatro principios destacados por Ricardo Salvatore como pilares de la escuela positiva de criminología (Salvatore, 2000).

de propiedad producía los desniveles que explicaban las conductas antisociales. Sólo en una sociedad renovada –habría que suponer, ya que no lo mencionó en toda su disertación, libertaria– sería posible aplicar el principio de defensa social liberada de sus males profundos:

De los cuales la mayor parte de los delitos nacen y vigorizan; después, cumpliendo por sí misma el deber de prevenirse de nuevos ataques del delincuente, –que, si existe, demostrará obstinación en la violación de los derechos de los demás; – el deber hacia el delincuente mismo (degenerado, paranoico, loco moral, etc.) con la aplicación, para su cura psico-física, de todos los remedios que la ciencia irá paulatinamente revelando para curar o aliviar esas enfermedades morales. (CS, N° 3, 1898: 40)

En su disertación, Gori discurrió con solvencia por las diversas corrientes filosóficas, penales, criminológicas y sociológicas, marcando acuerdos y desacuerdos. Las referencias eruditas eran cuantiosas: Beccaria, Hegel, Kant, Platón, Spinoza, Lombroso, Garofalo, Ferri, Carrara, Víctor Hugo, entre muchísimos otros. Gori tomaba distancia de los derrapes de la criminología antropológica, que otorgaba una centralidad primordial a los rasgos físicos como explicación de las conductas morales, al tiempo que, poniendo a la ciencia por encima de cualquier vía de acceso al mundo, criticaba los excesos metafísicos del derecho penal clásico. Sin embargo, la principal enseñanza que buscaba transmitir a los jóvenes era la tolerancia: “el más alto y victorioso espíritu que emana de la ciencia verdadera” (CS, N° 8, 1899: 119).

Por otro lado, las referencias a figuras del anarquismo fueron nulas, al menos en la sesión inaugural, que es la que se conserva. De todos modos, quizá su remarcado énfasis en la sociedad como generadora de todos los males o su reputación de prófugo de la justicia italiana hayan causado mala impresión en las autoridades universitarias, que decidieron levantar el curso. Finalmente, Gori pudo continuar su curso en la Universidad sin mayores inconvenientes, pero esta situación –una de las pocas incomodidades sufridas en sus tres años y medio en el país– provocó una enconada reacción de la comunidad científica e Ingenieros fue su principal portavoz:

Ha sido un caso de vulgar intolerancia que prueba la absoluta microcefalia de sus autores, que han creído poder

impedir de esa manera que las nuevas ideas científicas derriben el carcomido armatoste de su ciencia hipócrita y reaccionaria. Con el espíritu que preside están las simpáticas de todos los que estudian y piensan libremente, con los ancianos padrastrros de la Facultad de Derecho está el coro unánime de los analfabetos y misonéistas. (LV, 17 de septiembre de 1898)

Los anarquistas de *La Protesta Humana* sumaron su indignación contra los representantes de la “intolerancia universitaria” y propusieron que se buscara cualquier otro lugar para que Gori continuara el dictado de su curso (*LPH*, 25 de septiembre de 1898). Sin embargo, los otros sectores más individualistas del anarquismo no se encontraban tan a gusto ni con la prédica ni con el pretendido perfil catedrático de Gori. Por ejemplo, el periódico *El Rebelde* destacaba en un artículo titulado “Incongruencias” que, para ser anarquista, Gori mostraba demasiado entusiasmo en hombrearse con los maestros de la Facultad de Derecho; y que para enseñar lo que “disparatamente se llama Sociología Criminal” no necesitaba la anuencia de ninguna academia. Según el artículo, resultaba extraño asimismo que “un hombre tan vivo como el Dr. Gori no tema que se vaya a tomar por *réclame* o charlatanismo su empeño en acercarse a los maestros de la ciencia oficial, y conseguir para sus lecciones el privilegio de la sanción universitaria” (*El Rebelde* –en adelante *ER*–, 23 de septiembre de 1898).

En general, se ha tendido a ver el paso de Gori por Argentina en relación con el desarrollo del movimiento obrero, pero por muy importante que haya sido su injerencia en ese ámbito, parece indudable que por sus cualidades, formación y sensibilidad, su irradiación no se limitó a la difusión de un ideal emancipatorio de signo anarquista a una masa de obreros deseosos de escarmentar a la burguesía. De lo contrario sería imposible comprender uno de sus más notables proyectos culturales en el país: la fundación de la revista *Criminalología Moderna*, publicada desde noviembre de 1898 hasta la partida de Gori en 1902 y luego continuada por los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, cuyo director fue Ingenieros, colaborador de *Criminalología Moderna* desde junio de 1899. Acompañado por el Ricardo del Campo como secretario de redacción, Gori supo agrupar a un notable *staff* de colaboradores que daba cuenta, entre otras cosas, de una enorme versatilidad a la hora de tejer redes relacionales en tiempo récord. Entre ellos se contaban los doctores Guillermo Achával (director de la Oficina

Antropométrica de la Capital), Manuel Carlés (diputado Nacional y Catedrático del Colegio Nacional), Antonio Dellepiane (catedrático de la Facultad de Derecho), Agustín Drago (médico de los Tribunales, ex director y fundador de la Oficina Antropométrica de la Policía de la Capital), Juan Vucetich (jefe de las oficinas de estadística e identificación antropométrica de la Policía de la Provincia de Buenos Aires) y Rodolfo Rivarola (catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras). Los corresponsales extranjeros —muchos de los cuales colaboraron especialmente para la revista— fueron igualmente rutilantes: Cesare Lombroso, Enrico Ferri, Antonio Labriola y Agustín Hamon. El primero de ellos saludó enérgicamente el surgimiento de la publicación en un artículo (*Criminalología Moderna* —en adelante *CM*—, N° 2, 1898: 35).

Criminalología Moderna pretendía abarcar una variada gama de temas, todos vinculados de algún modo con la cultura científica: derecho y procedimiento penal, sociología, antropología, medicina legal, legislación y jurisprudencia; incluía resúmenes de causas célebres sobre todo locales, aunque también del mundo, biografías y estudios positivos sobre personalidades culminantes del mundo científico, judicial y criminal, crónica y estadística judicial, policial y carcelaria, bibliografía, variedades e ilustraciones. A su vez planeaba servir de puente entre la “gallarda genialidad” de los maestros europeos de la nueva ola científica y la obra “adelantada y fecunda” de la pléyade de criminalistas de Argentina, “ya que esta Antenas del Sud está llamada a ser el polo intelectual” de América Latina (*CM*, N° II, 1898: 66).

El primer editorial, firmado por la redacción, resumía a su modo los propósitos generales del emprendimiento y llevaba por título programático “¡Guerra al delito!”. En él se afirmaba la necesidad de abordar el problema del delito —entendido como “el más formidable problema que haya fatigado las mentes y afligido los corazones humanos”— y contenía una afirmación sobre la vinculación entre inmigrantes y delincuencia en Argentina que, pese a haber aparecido en una publicación animada por un libertario, no era para nada contradictoria con la nueva sensibilidad de las elites en torno al problema de la inmigración:

Trataremos de acumular empeñosamente materiales sólidos y completos en lo posible que puedan luego servir de fundamento a más vastos estudios orgánicos que la moderna criminología tiene derecho a esperar de las inteligencias y energías investigadoras de este joven país al que transmitan del viejo mundo no sólo las actividades creadoras en

el bien, sino también las actividades criminosas del hombre contra el hombre. (*CM*, N° I, 1898: 1)

Por medio de la revista, se sabe también que por esos días Gori abrió un consultorio jurídico, en sociedad con el abogado Arturo Riva. Situado en la calle Artes 629 y con una sucursal en la calle Olavarría al 500, desde el anuncio del estudio se prometía satisfacer demandas, de forma oral y escrita, tanto en español, inglés, italiano y francés, sobre asuntos comerciales, civiles, y penales.

Para los anarquistas de su tiempo, la aparición de *Criminalología Moderna* representó, si no una razón para condenar al excepcional compañero, al menos un llamado de atención sobre las eventuales connotaciones de su adscripción a la criminología. Los redactores de *El Rebelde* —que no consideraban a Gori uno de los suyos— recusaron de un plumazo el lema “*contra violentiam ratio*” que coronaba la ilustración de la portada de la revista (*ER*, 23 de abril de 1899). En cambio, para los redactores de *La Protesta Humana*, el principal aliado de Gori, el asunto requería una mayor elasticidad interpretativa. Mariano Cortés, alias Altair, uno de sus más conspicuos colaboradores, dedicó un extenso artículo a subrayar los peligros de la mentada guerra al delito, en la cual, según su opinión, reverberaba peligrosamente el mantra lombrosiano del delincuente nato. El autor sostenía que el delincuente, tanto como el obrero, era una víctima y una consecuencia social y oponía a esa guerra al delito el amor sin forma ni clase propio de la afectividad anarquista: “*tiéndasele una cuerda para que lo ahorquen, nosotros le alargaremos nuestra mano amiga y procuraremos extraerlo de la senda que le conduce al abismo*”. Según esta perspectiva, la dolorosa ambigüedad del programa de la revista dirigida por Gori residía en el hecho de que aquello que en un reducido grupo de intelectuales y académicos podía resultar una discusión progresiva habilitaba los comportamientos más reaccionarios en “la generalidad de la masa social”, ya que ésta “*cuando oye gritar guerra al delito se arroja sobre el primer gañán desharrapado o pervertido, sobre el primer vago o naufrago de la vida, y ayuda al esbirro a aplicarle cadenas o apalearlo*” (*LPH*, 18 de diciembre de 1898).

La apertura mental de Gori, sumada a sus incesantes actividades intelectuales y políticas y lo polémico de sus relaciones por fuera del campo anarquista, obligó a los libertarios a advertirle en algún caso que podían estar filtrándose en *Criminalología Moderna* opiniones que eran inclusive fuertemente antilibertarias. En mayo de

1900, Félix Basterra, replicó punto por punto un artículo de Miguel Lancelotti titulado “El factor económico en la prevención del delito”, que consideraba al anarquismo, en relación con la naciente cuestión social, poco más que una aberración (*CM*, N° 16, 1900: 496-500). Lancelotti, según Basterra lo ignoraba todo sobre los anarquistas, su psicología, sus ideales, su fundamento científico y menos todavía podía diferenciar entre anarquismo y socialismo, pese a que tenía “por compañero-colaborador de la revista al doctor José Ingenieros, socialista científico, y por director y compañero-colaborador al doctor Pietro Gori, anarquista y convicto positivista”. El autor concluía con una nota de sospecha:

Hay que observar: Gori da una tolerancia amplia al colaborador, confiando en el Doctor del Campo, su redactor, a veces ni lee los trabajos. Pero esté alerta amigo Gori, porque esa redacción, intolerante y prejuiciosa es capaz de cualquier aberración, como la mistificarle sus artículos al traducírselos, en el anhelo de combatir lo que desconocen y les resulta ilógico. (*LPH*, 13 de mayo de 1900)

Giras de propaganda y viajes de estudio

La estadía en Argentina de Gori se caracterizó por la superposición de actividades. A las múltiples conferencias anarquistas, a las no menos cuantiosas veladas culturales que animaba, a la búsqueda de reconocimiento científico y a la divulgación de los adelantos de la escuela criminológica italiana, sumó extensas peregrinaciones por el país, que resultaron expresivas de la misma variedad de intenciones. Las llamadas “giras de propaganda” fueron una notable innovación dentro del arsenal de prácticas culturales libertarias, que recibieron por parte de Gori un espaldarazo e hicieron escuela (Suriano, 2001).

Gori ya había comprobado durante su paso por Estados Unidos, en 1895, la efectividad de esa modalidad: el historiador Paul Avrich, señala que durante el año que residió en ese país dio entre 200 y 400 conferencias de pueblo en pueblo entre Boston y San Francisco; una peculiaridad de su “estilo norteamericano” fue que iniciaba sus lecturas y discursos tocando la guitarra, algo que, según resalta Avrich (1988: 165), lo emparentaba y lo hacía entrar en competencia con los predicadores cristianos. Ese llamativo “estilo góspel”, sin embargo, parece haber estado completamente ausente en sus giras argentinas,

lo que insinuó la enorme capacidad de adaptación de Gori a los distintos contextos en los cuales se insertaba.

A principios de 1899 inició una infatigable gira de propaganda por el sur de la provincia de Buenos Aires, siguiendo el trazado del ferrocarril. Sólo en enero, dictó conferencias en Luján, Mercedes, Chivilcoy, Chascomús, Dolores, Maipú, Mar del Plata, Ayacucho, Tandil, Juarez, Tres Aroyos y Bahía Blanca. Como era costumbre, *La Protesta Humana* informaba escrupulosamente sobre los temas, las respuestas del público y los efectos inmediatos del paso de Gori. En Chascomús, por ejemplo, habló sobre “Il presente e l'avvenire dei lavoratori” frente a una concurrencia “multiforme”: niños, mujeres y hombres de todas las clases se sintieron, sin distinción, profundamente afectados por el elegante perorar del sabio. Éste, con su verbo suave y sus finos modales, explicó que los trabajadores, principales hacedores del mundo eran, por la injusta estructura social, los más perjudicados; y que así como la burguesía en 1789 había barrido al viejo orden, los obreros debían cumplir su misión redentora, tanto más fácil que la anterior, porque eran el 95% de la población del mundo. Al finalizar la conferencia, se repartieron folletos y volantes anarquistas y quedó constituido un grupo que lucharía por la organización de los trabajadores.

Una innovación narrativa en este acotado modelo de elogiosa reseña era la inclusión de crónicas de los periódicos locales, en su enorme mayoría no anarquistas. Por lo tanto, los redactores de *La Protesta Humana* se veían numerosas veces obligados a corregirlos, como en el caso de *El Argentino*, de Chascomús, que, comentando la partida de Gori esa misma noche hacia Mar del Plata, sostuvo que se retiraba hacia allí para “disfrutar de las delicias del veraneo en la aristocrática playa mientras los obreros se quedaban en Chascomús sudando el quilo” (*LPH*, 29 de enero de 1899). Pero, según *La Protesta Humana*, sólo la ignorancia o la mala fe podían sostener esas “sandeces del peor gusto” y, por otra parte, era absolutamente esperable que idénticos resultados deparasen las veladas de Mar del Plata, de donde se fue en dirección a Maipú despedido por la orquesta Garibaldi (*LPH*, 26 de febrero de 1899).

A finales de abril, Gori se presentó en Rosario, donde tuvo oportunidad, antes de partir a Santa Fe, de dar cuatro conferencias. Allí, *La Nueva Humanidad. Periódico Sociológico*, de esa ciudad, dio cuenta de su paso. Según su propia percepción, de la mano de Gori los anarquistas se volvieron animadores de la escena cultural, se acoplaban a su tiempo y lo que podía haber de “naturalmente” rupturista

en el discurso anarquista se volvía extraña amalgama. Esto último, como sucedía con todo lo que tenía que ver con el éxito académico del conferencista, podía causar algunos escozores, ya que en las reacciones unánimes podían esconderse entusiasmos de ocasión que desviarán la atención de su magna obra. Pero en Rosario se vislumbró también la queja latente por el ecumenismo de Gori. Luego de hablar sobre “El testamento social del siglo” en el Centro Obrero rosarino y, nada menos que el 1 de Mayo, en el Politeama sobre la simbología humana de esa fecha sublime, dio, para disgusto del cronista, una conferencia científica sobre las escuelas clásicas y modernas de la criminología en los “elegantes salones del más aristocrático de los clubs italianos del Rosario”, el Campidoglio, ante un “escogido” auditorio de “favorecidos de la suerte para diferenciarse de los desheredados”. La importancia que los anarquistas otorgaban a la unión de forma y contenido en la política condenaba enérgicamente esta disociación que Gori parecía concitar. Sin embargo, el saldo de su paso era tan positivo que se permitieron –mediante la publicación de reseñas de periódicos “burgueses” como *La Capital*, *El Mensajero*, *El Municipio* y el periódico radical *La República*– sustentar la fisura afirmando:

La prensa local, sin distinción de colores políticos, tanto la oficial como la de la oposición, como a sí misma se llama de oposición, por más que no haya nada para distinguirlas, –pues al fin y al cabo que mande Julio o que mande Roque, para nosotros es lo mismo– hicieron justicia a las dotes oratorias de nuestro compañero Gori. (*La Nueva Humanidad*, 1 de junio de 1899)

A partir de ese momento y hasta su partida, el abogado anarquista intercaló de forma constante las giras –que habrían de llevarlo de Tucumán a Ushuaia, pasando por el Alto Paraná hasta Mendoza, con breves estancias en ciudades de países limítrofes, como Montevideo, Asunción y Santiago de Chile– y las conferencias en distintos ámbitos porteños, que incluían al arte como temática.

En algunos de estos desplazamientos por Argentina, las motivaciones de Gori estaban vinculadas con su vocación científica. En sintonía con lo que Salvatore denominó “las ansiedades” de los criminólogos argentinos, *Criminalología Moderna* anunciaba en febrero de 1899 que Gori estaba realizando un viaje con el propósito de conocer y estudiar la realidad objetiva de las colonias penitenciarias

del sur argentino (*CM*, N° 4, 1899). Este viaje –el corolario de la gira de propaganda por el sur de la provincia de Buenos Aires– dejó las páginas más notables de la estadía en Argentina de Gori. Si hasta el momento, por lo que informaba principalmente la prensa anarquista, el contenido de sus conferencias y charlas había mantenido un alto grado de generalidad, el viaje de estudio, “a las inhospitalarias regiones fueguinas”, por el contrario, hizo posible una reflexión sobre aspectos de la sociedad argentina que quedaban por fuera del discurso militante. En otras palabras, conferenciar sobre la organización de los trabajadores como alternativa al capitalismo y al estado era algo que podía mantenerse en un grado de abstracción tal que no requería de mayores referencias local, pero, adaptar los postulados de la criminología a la situación Argentina, como en el caso de las colonias penitenciarias, implicaba mayor plasticidad hermenéutica.

Sus reflexiones sobre el mundo penitenciario fueron publicadas entre abril y julio de 1899, con el título de “Una visita a la penitenciaría de Sierra Chica”. Como sostiene Lila Caimari, para Gori, como para otros criminalistas, el presidio oficiaba tanto de espacio terapéutico como de producción científica a partir de la observación de los penados: “laboratorio humano con inagotables repertorios de patología criminal, la prisión se transformó en el lugar de investigación empírica para alimentar nuevos estudios” (Caimari, 2004: 100). Además, la narrativa anarquista sobre los presidios fue abundante, ya que la prensa anarquista reproducía de forma constante denuncias sobre la situación carcelaria. En este caso, la cárcel no revestía otro interés que el de evidenciar las injusticias de la sociedad, que condenaba al encierro a quienes se atrevían a cuestionar su basamento. Con respecto a Sierra Chica, ya en 1896 Ghirardo había visitado el penal enviado por el diario *La Nación*, para el cual escribió una serie de crónicas que al poco tiempo fueron publicadas como libro con el título *Sangre y Oro*. Este texto respondía a un interés estrictamente periodístico y ésto implicó la preponderancia de un tono sensacionalista, en detrimento de cualquier rigorismo analítico (Geli, 1992: 20). El espíritu que guió a Gori era muy diferente: no podía hallarse en sus escritos ni la caridad del religioso, ni la curiosidad del periodista, ni el sadismo del vulgo, ni la vanidad del diletante (Ansolabehere, 2011).

Pese a la preponderancia del elemento científico en sus observaciones, Gori presentó también impresiones sobre ese bastión

civilizatorio situado “sobre la infinita uniformidad de la pampa”. Si bien Gori condenó ciertas prácticas de castigo que aún persistían en el penal como rémoras del arcaico sistema punitivo –la infamante ropa roja, el birrete, la costumbre del enclaustramiento en el aniversario del delito, el aislamiento–, sus impresiones fueron sumamente favorables en lo que al trato de los penados se refería, en gran parte por la acción atrevida y solitaria de su director, Miguel Costa. Gori describió con detalle una misa en el penal, donde la voz del sacerdote “resonaba lúgubre en las amplias ondas sonoras”, recordó otras cárceles del mundo, invocó a Oscar Wilde “el famoso poeta decadente y vicioso” e imprecó a las autoridades provinciales por desoír los reclamos del director del penal (*CM*, N° 6, 1899: 182). Pero donde concentró más enfáticamente su atención fue en el rol del trabajo como regenerador de los delincuentes. Un ejemplo lo encontraba en el largo muro que circundaba a la penitenciaría –“que recordaba extrañamente las ciclópeas murallas de la antigua Etruria”–, alzado con el trabajo de los reclusos, que “era un testimonio mudo pero elocuente del trabajo que pueden ejecutar, en provecho propio y de la sociedad estos míseros brazos” (*CM*, N° 7, 1899: 207). El autor recorrió también los talleres de oficios del penal, la cantera y la quinta en la cual los presos se veían obligados a cumplir sus labores, siempre en compañía de la cámara de Juan Vucetich.

La última parte del estudio estuvo dedicada enteramente a los 387 penados. En los casos observados, Gori ponía a prueba todas las nociones de Lombroso sobre la existencia del criminal nato y señalaba sus insuficiencias para explicar los condicionamientos ambientales en casos como el alcoholismo y el analfabetismo. Durante su visita al penal, espía a un preso recién llegado; oyó, al pasar por debajo de la ventana de una celda con Vucetich, la risa de dos reclusos “con motivo de los picantes detalles referidos por uno de ellos a su compañero, con la jactancia característica de las confidencias recíprocas entre los penados, sobre una violación llevada a cabo por él, en la persona de una mujer vieja”.

Uno de ellos llamó la atención de Gori: era un “curioso tipo de semi-salvaje”, “al que casi se le podría tomar por una especie de mono”, cuya foto no pudo adosar a la crónica por haber perdido el negativo (*CM*, N° 8, 1899: 231). El relato sobre los reclusos asumía la forma de un descenso infernal, que se volvía más y más sórdido conforme se aproximaba al famoso recluso 91, a quien Ghiraldo también había dedicado un artículo de *Oro y Sangre*. Hasta llegar

a él, Gori fue dejando atrás “degeneraciones monstruosas”, “eclip-sados de la razón”, “perfectos cretinos”. Pero el 91, cuya fotografía se adjuntaba, era “una de las naturalezas más monstruosas”, “un espantoso ejemplar de esta progenie a que la naturaleza en sus re- versiones inexplicables de vida y de muerte, dotó con una invencible sed de ajena sangre”. El desliz antropomórfico netamente lombro- siano era la única explicación que encontraba frente a ese horror ante el que ni se atrevía a sostener la mirada:

Aún fingiendo el amor, las líneas durísimas de su fi- sionomía asumían un aspecto más feroz: las enormes man- díbulas tenían el aspecto de las bestias carnívoras, los ci- gomas prominentes, las orejas asimétricas y en forma de asa, los arcos supracliares pronunciadísimos, resumían en forma más acentuada, todos los caracteres degenerati- vos. (CM, N° 9, 1899: 262)

Por último, Gori dejó sus impresiones sobre un tipo de crimi- nal peculiar de Argentina, conocido vulgarmente, según él, como “gaucho malo”. Figura romántica, condenada a desaparecer suave- mente, “lleva el rasgo de la audacia que caracteriza a todos los hijos del desierto y en el fondo de sus ojos misteriosos habla la infinita melancolía de la llanura sin límites” (CM, N° 9, 1899: 268). El gau- cho malo era una derivación ambiental del simpático “beduino de la Pampa”, que puede volverse de repente bestial y feroz bajo el influjo del licor. Le tocaba al preso número 218 ser la encarnación típica de ese tipo sarmientino.

Los viajes de Gori continuaron, tanto los de estudio como los de propaganda. En enero de 1901 *La Protesta Humana* avisaba a los “hermanos chilenos” que Gori había partido, embarcado en el *Guardia Nacional*, hacia los mares del sur en viaje de estudio. Aprovechando esa circunstancia, visitó en marzo las ciudades de Santiago y Valparaíso con el objetivo de dar algunas conferencias de propaganda (LPH, 26 de enero de 1901; Godoy Sepúlveda, 2011; Grez Toso, 2007). El viaje de estudios fue organizado por la Socie- dad Científica Argentina y lo hizo en compañía esta vez del pin- tor Angiolo Tomassi. Como resultado de ese viaje los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* informaron que el 21 de agosto en el *Prince Georges Hall*, en una velada organizada por la propia so- ciedad, Gori presentó 130 proyecciones de fotografías (*Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Libro II, segundo semestre de 1901).

Refracciones

Gori dejó la Argentina a principios 1902. Su última conferencia tuvo lugar en el Teatro Victoria y tuvo por título “Saludo a la América que piensa y que trabaja” con los efectos habituales entre el mismo público diverso, compuesto por políticos, intelectuales, periodistas y anarquistas plenos. Al poco tiempo de su partida, el socialista Enrique Dickmann desde *La Vanguardia*, en un artículo titulado “Apuntes para la historia. Los charlatanes de la anarquía”, resumía lo que desde su perspectiva logrado cosechar Gori durante su residencia en el país:

El anarquista Gori, antes de abandonar (por suerte) nuestra anarquizada república, fue a saludar a los anarquistas Roca y Mitre, y estos anárquicamente le han entregado dos autógrafos anárquicos que Gori exhibirá en las asambleas ácratas como testimonio evidéntísimo de la apoteosis de la anarquía por los anarquistas más grandes de América Latina. (*LV*, 18 de enero de 1902)

Sin embargo, poco importa el hecho improbable de que Gori haya recibido un salvoconducto del presidente de la república. Más interesante resulta la percepción que tempranamente despertó su paso por el país y la enorme diversidad de atenciones que recibió. Con excepción del socialismo, que continuó fustigándolo, incluso mucho tiempo después, la presencia de Gori significó, según la atinada expresión de Gonzalo Zaragoza, “el triunfo del anarquismo” (Zaragoza, 1996: 233). Este triunfo no implicó de modo alguno un incremento de su peligrosidad, sino más bien lo contrario: Gori llegó incluso a ser considerado un “anarquista transformado” y un buen amigo de la policía. Así lo sostuvo, con notable sentido de la oportunidad, el Secretario General de la Policía de la Capital, en un reportaje que le hicieron durante su viaje a Madrid. Allí defendía el efecto purificador que podía tener en Gori su afincamiento en un país como la Argentina:

Vino a Buenos Aires, un agitador italiano, un anarquista de acción, hombre peligroso en una palabra [...] y a poco tuve el gusto de recibir su visita en mi despacho, con motivo de un asunto que no recuerdo, y que se relacionaba con su profesión de abogado [...] Tres meses después, el famoso anarquista italiano, cuyo nombre le ruego no

publique, revalidaba su título de doctor en jurisprudencia, abría bufete y fundaba una revista muy interesante. Hoy es un hombre de positiva influencia, que asocia a su obra la institución la institución cuya vigilancia le molestará tanto antes de ahora. Yo, secretario de policía, figuro en la redacción de esa revista. (*Revista de Policía*, 1 de septiembre de 1900)

Previsiblemente, eran los anarquistas quienes tenían más razones para considerar a Gori uno de los suyos. Pero ciertamente no fue el único grupo que apreció su visita, ya que de otro modo no se explicaría, por ejemplo, la inclusión de un extenso párrafo de Gori en el estudio sobre la “mala vida” en Buenos Aires de Eusebio Gómez de 1908 (Gómez, 2011). Es que la cultura argentina de fin de siglo XIX distaba de ser un cuadrilátero dentro del cual la cuestión social se habría dirimido entre burguesía y clase obrera.

Repercusiones

Durante su estadía argentina, Gori se convirtió en el anarquista de referencia en Buenos Aires de fin de siglo, logrando una presencia muy singular en la prensa comercial. Cuando el 6 de septiembre de 1901 el anarquista polaco León Czolgosz asesinó de un disparo al presidente norteamericano William McKinley en Buffalo Nueva York, mientras *La Protesta Humana* y otros periódicos anarquistas reivindicaban o justificaban el atentado, *La Prensa* recuperaba desde Rosario las palabras mesuradas del sabio italiano, para quien Czolgosz no debía ser anarquista porque, contra toda evidencia, no era propio de tal ese tipo de acción. Más bien debía tratarse de un hambriento movido por la desesperación. Según consignaba el cronista, Gori, que conocía perfectamente Estados Unidos por haber residido allí dos años y haber dado 283 conferencias, pudo comprobar en esa estancia que por ser sus leyes liberales y amplias no podían darse esos estallidos personales (*La Prensa* –en adelante *LP*–, 8 de septiembre de 1901).

A su vez tanto *La Nación* como *La Prensa* informaron con bastante asiduidad sobre los pormenores de sus conferencias. A principios de 1902, cuando Gori se preparaba para dejar definitivamente el país y ambos diarios dieron cuenta de su último acto oratorio en la ciudad (*LP*, 12 de enero de 1902; *LN*, 10 de enero de 1902). Para

La Nación, que incluyó una extensa reseña de la misma, se trató de un acontecimiento retórico y teatral único:

El orador habló en su lengua nativa, expresándose en un italiano tan fluido y comprensible, seguido de una mímica tan intensa, que por momentos el trabajo del espíritu en una continúa asociación de ideas parecía hacernos escuchar nuestra propia lengua. Ya en el curso de su disertación el auditorio, puede afirmarse, se había identificado con el orador. Cabe decir que durante las dos horas que este usó la palabra no vaciló en la frase, haciendo gala de una verborrosidad asombrosa, de una concepción de pensamiento facilísima, afrontando con igual certeza todas las situaciones, exponiendo unas veces serenamente la verdad, usando en otras de la más fina ironía, pero siempre con altura dentro de una forma correcta y galana. (*LN*, 13 de enero de 1902)

Días más tarde el mismo diario informaba sobre la llegada del “agitador socialista” a Génova, donde al bajar del barco fue abordado por numerosos “repórteres” requiriéndole informaciones sobre Argentina y el trato que se les daba en ese país a los inmigrantes italianos. Gori respondió, siempre según la noticia telegráfica, que el territorio argentino le resultaba un país muy apto y generoso para ese tipo de inmigración (*LN*, 5 de febrero de 1902).

Desde que regresó a Italia, los socialistas, como se ha visto, desde *La Vanguardia* dedicaron numerosos artículos a denostar su figura, su estilo, sus contactos con las elites locales y las imágenes y representaciones que habría hecho circular en Europa sobre Argentina y sus bondades. Tampoco parecen haber quedado conformes con su paso por el país algunos sectores de la comunidad italiana de Buenos Aires, a tal punto que como informa *La Prensa* Gori habría dado comienzo desde Roma un juicio por calumnias e injurias contra *L'Italiano* y otros periódicos italianos (*LP*, 19 de marzo de 1902).

Gori dejó un grato recuerdo en la prensa comercial local y su palabra no fue ni silenciada ni criticada. Por el contrario, un año después de su partida sus opiniones revestían la autoridad que en ciertas materias había construido durante los años que vivió en Buenos Aires. En los meses posteriores a la aplicación de la Ley de Residencia, aprobada de apuro en noviembre de 1902 en el contexto de la alta conflictividad social de esos años, *La Prensa*, que junto con *La Nación*, tuvo una posición más bien crítica de la ley, emplazó a Gori para que diera su opinión. Gori, que ya se había opuesto

desde las páginas de *Criminalología Moderna* al proyecto de ley de expulsión de extranjeros, presentado por Cané en 1899, opinó desde Italia a principios de 1903 que la Ley de Residencia era a todas luces autoritaria e inicua. Si los términos de esa recusación eran los esperables en un “famoso orador popular”, algo más íntima y basada en su propia experiencia, era su opinión según la cual, esa ley, destinada a mantenerse en funcionamiento 56 años más, no podía durar, ya que contravenía el espíritu liberal de la república que él había conocido y frente a la cual sólo tenía palabras de agradecimiento (*LP*, 3 de enero de 1903).

Fuentes

Anales de la Sociedad Científica Argentina

Ciencia Social

Criminalología Moderna

El Rebelde

La Nación

La Nueva Humanidad

La Prensa

La Protesta Humana

La Vanguardia

Revista de Policía

Bibliografía

ABAD DE SANTILLÁN, D. (1930), *El movimiento anarquista en Argentina. (Desde sus comienzos hasta 1910)*, Buenos Aires, Argonauta.

ALBORNOZ, M. (2014), “Los encuentros de controversia entre anarquistas y socialistas (1890-1902)”, en Paula Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 187-218.

ANSOLABEHERE, P. (2011), *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*, Rosario, Beatriz Viterbo.

ARMUS, D. (1996), “Salud y anarquismo. La tuberculosis en el discurso libertario argentino 1890-1910”, en Mirta Lobato, *Política, médicos*

- y enfermedades: lecturas de historia de la salud argentina, Buenos Aires, Biblos, pp. 93-116.
- AVRICH, P. (1988), "Sacco and Vanzetti: the italian anarchist background", *Anarchist portraits*, Princeton, Princeton University Press, pp. 162-175.
- BAGÚ, S. (1936), *Vida Ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, Claridad.
- CAIMARI, L. (2004), *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- CAMBA, J. (1970), *El destierro*, Madrid, Magisterio.
- Geli, P. (1992), "Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900", *Entrepassados. Revista de Historia*, año II, N° 2, pp. 7-24.
- GHIRALDO, A. (1930), *Humano Ardor. Novela Argentina*, Madrid, Compañía Iberoamericana de publicaciones.
- GILIMÓN, E. (2011), *Hechos y comentarios. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Terramar.
- GOODOY S. (2011), *Pietro Gori: biografía de un "tribuno libertario" y su paso por la región Chilena (1901)* [en línea], Santiago, Grupo Editor Periódico el Surco. <http://archivohistoricolarevuelta.files.wordpress.com/2012/08/pietro-gori-biografc3aca-de-un-tribuno-libertario-1901.pdf> [consulta: 25 de septiembre de 2013].
- GREZ TOSO, S. (2007), *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile 1893-1915*, Santiago, LOM.
- MANCUSO, H. y MINGUZZI, A. (1999), *Entre el fuego y la rosa. Pensamiento social italiano en Argentina: Utopías anarquistas y programas socialistas (1870-1920)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Página 12.
- OVED, I. (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno.
- REAL DE AZÚA, C. (1987), "Ambiente espiritual del 900", *Escritos*, Montevideo, Arca, pp. 145-165.
- SALVATORE, R. (2000), "Criminología Positivistas, reforma de prisiones y la cuestión social/obrero en Argentina", en Suriano, J. (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La colmena, pp. 127-158.
- SURIANO, J. (comp.) (2000), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La colmena.
- (2001), *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial.

- TERÁN, O. (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ZARAGOZA, G. (1996), *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- ZIMMERMANN, E. (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés.